

DETRÁS DE LAS MONTAÑAS

Por: Moisés Cárdenas

El lugar estaba envuelto por azucenas, frailejones, cedros y laureles; donde los arbustos brotaban el suave aroma de las flores. En el sitio contemplé a un águila en su majestuoso vuelo, un riachuelo sonriendo, y observé a un cóndor que brillaba por el sol. Además, encontré las rocas metamórficas, las plantas trepadoras, los saisai y el embrujo de los helechos; seres vivos que cantaban con el cielo.

Embrujado por las cosas maravillosas que pasaban por mis ojos, caminé por largas horas, pero ocurrió algo en el peregrinar. Vi a lo lejos a unos hombres que bajaban de una montaña. Cuando los miré, aceleré mis pasos para alcanzarlos. Atravesé un hilo de agua purísima rodeado por muchos helechos de Condorcito Gris, que, al caminar podía observar las pelusas de color blancuzco que tenía la planta.



Moisés Cárdenas, En el paramo

Después de pasar el arroyo, llegué donde se encontraban los sujetos. Llevaban puestos mosquetones, calzados de alta montaña, polainas y piolet. Cargaban en sus cabezas cascos dorados que resplandecían con el sol. «Son exploradores», dije para mí mismo. Un tipo delgado y rubio se me acercó. Señaló hacia la montaña con la mano derecha, y comentó:

—Detrás de esa montaña hay una laguna con monstruos amistosos. ¡Suba y descubra por sí mismo los misterios que ella esconde!

Conversé con él por unos minutos, luego levantó una mochila donde cargaba una carpa y se despidió de mí. Lo vi alejarse junto con sus compañeros por un camino de piedra. Miré una cuerda que habían dejado, la agarré y lentamente subí el peñasco.

En la cima hacía mucho frío, soplaban el viento muy fuerte. No obstante, el paisaje que se contemplaba desde allí, era maravilloso. Pese al viento helado que sentía, no dejé de admirar la naturaleza: las orquídeas, los helechos, las piedras de diversos colores y pájaros con melodías encantadoras. Miré hacia abajo del peñasco y vi un camino marcado en dirección hacia una laguna cristalina. Entonces me dirigí al lugar.

Cuando llegué, tomé un poco de agua y contemplé mi rostro. Toqué unas piedras que estaban en la orilla, y en ese mismo instante saltaron unos nenúfares raquíticos, dejando en el aire un aroma de plantas curativas. Cuando los vi, me incorporé asombrado, pero los seres se escondieron de nuevo en la laguna. Recorrí el lugar, vi un muelle de madera que llevaba hacia una casa. Caminé hasta ella.

En la entrada había unas escaleras de ladrillos y una escultura de mármol de un pez con cabeza de foca. Toqué la puerta varias veces, luego aplaudí para ver si alguien respondía a mi llamado, pero no contestó nadie, así que me asomé. Cuando miré hacia dentro, salió un perfume a lavanda. De pronto, apareció una chica y un chico tomados de la mano.

—¿Dónde estoy? —les pregunté.

—¡Mira y sabrás! —exclamaron señalando hacia la laguna.

Miré hacia el sitio en silencio. Ella y él, levantaron las manos hacia el cielo, y en ese instante salieron unas criaturas extrañas del agua. Tenían cabezas de foca y cuerpo de pez, llevaban en sus lomos grandes aletas. Saltaban como delfines inundando el ambiente de olor a rosas.

De pronto, desde la montaña descendieron personas de facciones indígenas. Algunos se quedaron en el muelle, otros en la orilla de la laguna y los demás entraron a la casa. Los animales emitieron cantos que hipnotizaron a todos los presentes, luego se ocultaron bajo las aguas. La pareja caminó hacia la orilla como encantados y se lanzaron a la laguna.

Absorto miré hacia todos lados, la gente desapareció. Un frío cubrió la zona, la laguna hizo un remolino, luego se escuchó un canto melodioso. En ese instante saltaron rápidamente dos criaturas extrañas, que, al sumergirse, dejaron en la orilla una rosa blanca.